Cortázar Centenario

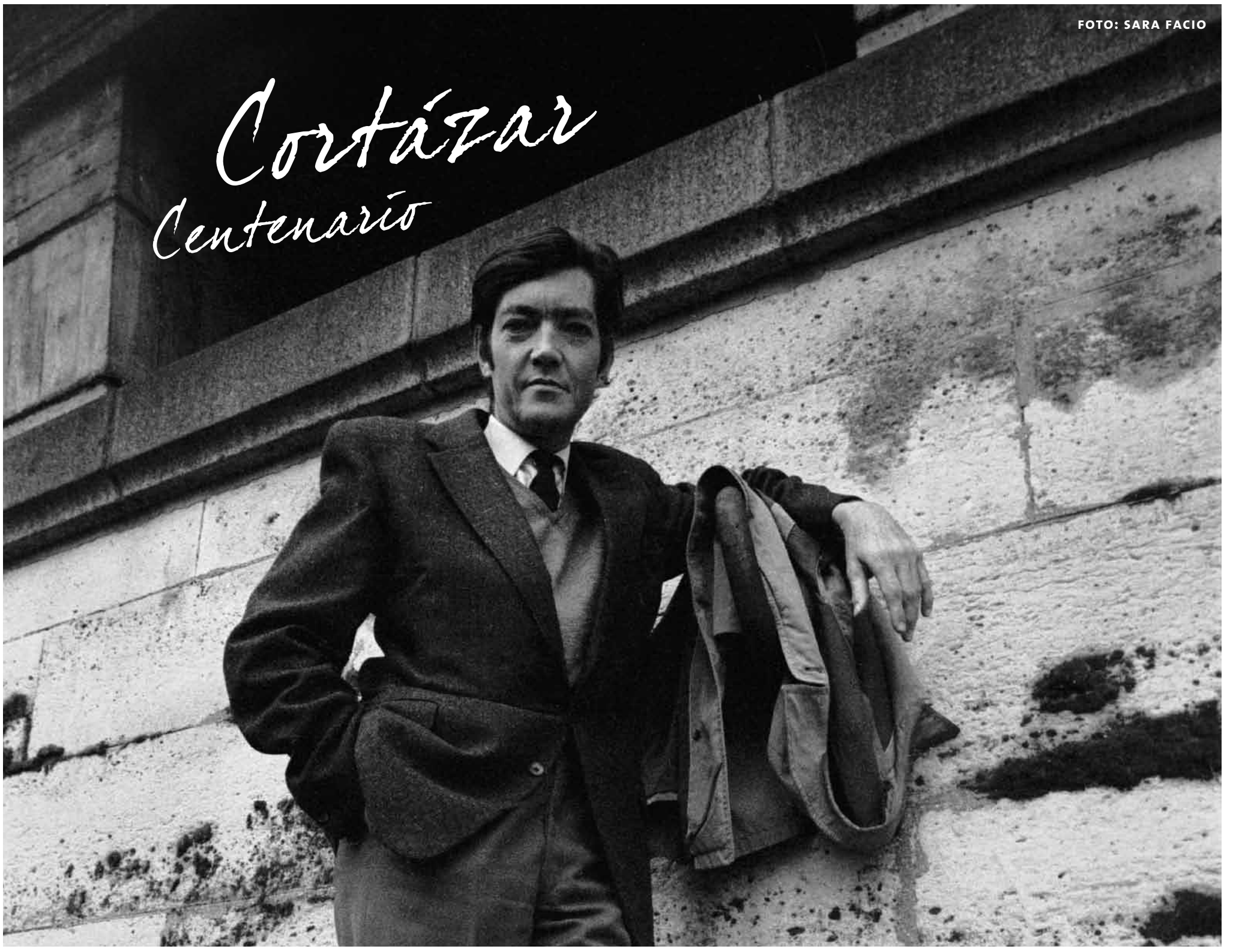

FOTO: SARA FACIO

Sergio Mercurio, mejor conocido como “El Titiritero de Banfield” organizó, junto al periódico local *El Banfileño*, una semana homenaje a los 100 de Julio Cortázar, que se inició el mismo martes 26 –día del natalicio del escritor– con la inauguración de un busto del autor de “El Perseguidor”, continuó con demás actividades artísticas y culturales y finalizó, como para ponerle el moño, con este relato que nos regala a continuación y que dice: lo está escribiendo mañana...

OBLIGADO

En el año 82 éramos obligados a diferentes cosas, unos chicos un poco más grandes que yo fueron obligados a ir a la guerra, en el colegio secundario te obligaban a llevar saco y corbata y a tener el pelo corto. El país estaba gobernado todavía por una Junta Militar, y según se rumoreaba, el que la mandaba era un borracho. En el 82 tener 14 años era un desafío, fue un desafío no aceptar ciertas obligaciones que respondían a un sentido común hoy muy cuestionado, donde hacer preguntas era rebeldía y cuestionar era subversivo. En ese entorno estábamos obligados a leer autores que habían nacido fuera de nuestro país o no estaban en las listas negras.

En mi casa también había obligaciones, menores, pero también algo desagradables. Mi madre me obligaba a desayunar. Yo al igual que el resto de mis días, no estaba preparado para despertarme para comer, pero mi madre insistía todos los santos días en hacerme un té caliente. Si no lo terminaba ella me preguntaba por qué no lo había hecho, y no había explicación que fuera válida.

Entonces me vi obligado a resolver el problema. Todas las mañanas me sentaba frente al té, veía subir el humito y finalmente un día fui iluminado, me dirigí hacia la bacha y volqué una tercera parte de la taza. Desde ese día mi madre se sintió satisfecha y yo solucioné el problema. Tal vez hasta que llegue este artículo a sus manos y me llame, hoy sonriendo, para recriminarme.

Pero en esa época, que marcaba el fin de la dictadura, así como con el té, nosotros empezamos a encontrar soluciones no confrontativas. Si había que usar saco y corbata lo haríamos, pero nadie usaría un saco azul. Cada uno de nosotros provocábamos al sistema encontrando sus puntos flojos, sus aristas no recortadas. Íbamos al colegio con sacos rojos, blancos, grises, corbatas naranjas, verdes, amarillas. Algunos nos dejábamos el pelo largo por delante y lo cortábamos atrás para que respete eso de no tocar el cuello de la camisa. Era esa época, cuando levanté la mano en la clase de literatura y le dije a la profesora:

—Y si paramos de leer autores extranjeros y leemos autores nacionales. Cortázar por ejemplo.
—No se puede.
—¿Por qué?
—No voy a hablar del asunto.

Cada 2 clases repetí la ceremonia en forma de chascarrillo. En ese entonces, Julio Cortázar estaba vivo, y no solo eso, había cambiado mucho. Él, que se había ido del país denostando el peronismo, y cualquier tipo de gobierno popular, andaba dando vueltas por Nicaragua, diciendo que el paisito centroamericano era violentamente dulce.

Yo no había leído, ni tenido en mis manos, ningún libro de Cortázar, no tenía idea de qué decían sus libros, de hecho, no había leído nada. Nada de nada, al menos por cuenta propia y todavía tardaría un año en enfrentar la inmensa biblioteca de mis padres, ponerme en puntas de pie, y por encima de las enciclopedias, tomar un libraco

que me iba a cambiar la vida: *Espartaco*, de Howard Fast.

La dictadura empezó a declinar y ya se podían hacer algunas cosas, entonces una mañana la profesora cedió y mirándome, sabiendo que yo había sido el culpable me dijo: *"voy a leer a Cortázar."* Recuerdo que en el momento que extrajo el libro de su cartera, supuse que algo especial iba a suceder, esperé que una luz atravesase la sala, que un nuevo mundo comenzase, pero lo cierto es que la profesora empezó a leer y el entusiasmo que tuve en los primeros párrafos se fue opacando a medida que el relato evolucionaba, hasta que en cierto momento –debo admitirlo– miré a mi alrededor para ver si alguien había entendido algo.

Hay que decir que, en mi imaginario, Cortázar era un libertador. Escuchar a Cortázar, el autor prohibido, debía ser como leer algo que invitase a seguir usando corbatas anaranjadas o algo por el estilo, pero la realidad, fue que me perdí tratando de entender la lectura, cuando la profesora se detuvo, nos miró a todos y preguntó: —¿De qué se trataba el texto?

La pregunta fue así, directa, no permitió ningún tipo de lecturas alternativas.Yo no había podido retener ni una frase. Traté de no levantar los ojos porque supuse que algunos de mis compañeros estaban buscándome para decirme *"Para esto rompiste tanto las pelotas"*. Y lo que hice fue abstraerme, hasta que alguien me salvó. Nada más y nada menos que Pavicich "el enano."

Pavicich era un adolescente extravagante, efusivo, histriónico, bailaba tap en los recreos y era dueño de un cinismo provocador para los 14 e inofensivo para los 20. A medida que pasa el tiempo, he vuelto a esa situación, y más de una vez me ha permitido reflexionar acerca de mi nula capacidad de comprensión de diferentes acontecimientos. Realmente yo no había podido entender nada. Pero cuando digo nada es exactamente eso. Nada. Y Pavicich respondió: *"Es el cuento de alguien que se está sacando un pullover y se queda enganchado"*. ¿Eso era lo libertario? ¿Un tipo que se saca un pulóver? Me quedé ciego. Alguien rió. La profesora lo felicitó y siempre sospeché que cerró el libro pensando, Mercurio no entendió nada.Y era verdad. Ahí pensé, Cortázar es muy difícil. No lo entiendo. Me frustré y no podía creerlo.

Unos años después, en la esquina del Tomás Espora, encontré de oferta el libro "Los Reyes" y lo compré, intenté de nuevo, y realmente si bien entendí un poco la historia, no le encontré nada especial. Demoré otros 6 años, cuando un amigo me entregó dos tomos con los cuentos completos y me dijo: *"Quédatelos."*

Esos libros me acompañaron un par de años, y fue en los cuentos que pude por fin disfrutar a un Cortázar que ya se había muerto. Es que crecer en esa Argentina de la dictadura, me había creado una falsa realidad, de un falso dramatismo. Generé un razonamiento equivocado, Cortázar es prohibido por los militares, entonces Cortázar está contra los militares, los militares saben que Cortázar dice algo que puede hacer que los que lo leen estén en contra de los militares, por lo tanto si yo no entiendo a Cortázar todavía no entiendo la profunda razón de por qué estoy en contra de los militares.

Y algo de eso había. Si bien el último momento de la vida de Cortázar fue su etapa más comprometida con los derechos humanos y con la revolución cubana y sandinista, la real razón porque los militares prohíban a Cortázar, así como prohibieron a todos los que prohibieron, no era apenas porque estaban en su contra. En el fondo, y espero no ser malinterpretado con esto, sospecho que la real razón era que Cortázar, activa-ba en los lectores la imaginación, rompía el tiempo. Y seamos claros ¿Quién puede soportar un gobier-no que lo que hace es impedir semejante insignificancia? Al final, y esto sí es rele-vante, la más grande perspectiva está en las cosas simples y sencillas.
No está ni siquiera
en los
grandes
planes de gobierno.
La liber-
tad, eso
que tanto ansiaba yo en esa mi adolescencia, estaba escondida, saltando efusiva y completa en los textos que el gigante flaco de barba y anteojos había creado. La libertad, la más pura, la más indecible, pero la perdurable, que aún hoy está en esos permisos extravagantes que hacen sus relatos.

Pero, permítanme ahora salir del mea culpa, años después comencé a leer a Cortázar y llegué al punto más alto cuando en la estación de Retiro mi amigo Gustavo Corso, me llevó para mi viaje, un libro que se llamaba "El Perseguidor", cuando comenzaba mi viaje hacia América Latina y ese periplo donde iba a encontrar definitivamente la persona que estaba dentro de mí, esperando que el tiempo y los acontecimientos le permitan hablar con un poco de experiencia.

En ese ómnibus que me llevó a Humahuca, leí "El Perseguidor" y me vi a mí mismo. Era aún un joven, tenía 24 años, pero recuerdo los pasajes como si los hubiera leído ayer. Si tomás un subte y entre estación y estación recordás cosas que demorás más tiempo para narrarlas que lo que demora el viaje, ese viaje tiene características de mágico.

Recuerdo correr la cortina de la ventanilla y ver el paisaje nocturno de la Argentina, atravesando Córdoba o Santiago del Estero, no lo recuerdo, pero mi mente iba a más velocidad que a la que el ómnibus se trasladaba. Cortázar me estaba enseñando a viajar en el tiempo, lo hizo con Johnny Carter, el cazador de sí mismo. El sumun de todas las cosas, lo sentí cuando leí que el perseguidor decía *"Esto lo estoy tocando mañana"*.

¿Cómo era posible que alguien osase escribir eso? ¿Cómo era posible? Cerré el libro y leí algo en la contratapa que me martilló las estrellas que volaban alrededor de mi cabeza. En la reseña decía que Julio Cortázar había vivido en Banfield. Y yo me iba de Banfield para conocerlo mejor, para acercarme mucho más a él. Tal vez esa noche en que dormí con "El Perseguidor" en mi regazo escribí esto. Solo que no pude decir esto y lo estoy escribiendo mañana.

Sinceramente, a mí no me gusta toda la obra de Cortázar, no soy fanático de sus novelas. Realmente me gustan algunos pasajes de "Rayuela", pero nada más. El día que escuché de su voz que él mismo se sentía más que nada un buen cuentista, algo me acercó aun más a ese hombre...

Ahora que se han cumplido 100 años de su nacimiento, ahora que han terminado los festejos que junto a *El Banfileño* hemos realizado para recordar al cronopio de Banfield, me siento obligado. Ahora, justo en este momento, me siento en una suave obligación de comentar mi respeto por ese hombre que vivió tantas vidas, en tantos tiempos. ///

SERGIO MERCURIO